EMPRESAS ESCABELLADAS

IRNINO CALLEJA" MADRID

BIBLIOTECA ILUSTRADA

PARA NIÑOS

I

PROP EDAD
DERECHOS
RESERVADOS

Imprenta de A. García Izquierdo.—Doctor Mata, 3.—Madrid.

CUENTOS DE CALLEJA

EMPRESAS DESCABELLADAS

ILUSTRACIONES DE

ERNESTO A. ARIS

año 1932

22.567

LIBRERIA CIENTIFICA Y LITERARIA
El Ateneo
PEDRO GARCIA
Florida 371 - Suc. Córdoba 2299
Bs. Aires

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PIRATA PRIMERO: *PERICO POLLASTRE*

Individuo de aspecto terrible, fanfarrón de siete suelas, que siempre está cacareando las cosas que va a hacer.

PIRATA SEGUNDO: *CONEJO NEGRO*

Negro de color y negro de intenciones. No tiene más que una oreja: perdió la otra en empresas descabelladas.

PIRATA TERCERO: *RAMÓN RATÓN*

Amasijo reconcentrado de valor colosal. Chico de estatura, largo de entendimiento y valiente hasta la desesperación.

TRES PIRATAS

UN PIRATA DE NACIMIENTO

PERICO Pollastre era indudablemente un avechucho hermoso: gusto daba mirarlo. Para la edad que tenía, era mucho más alto que la mayor parte de los polluelos. Había salido del cascarón de un huevo de dos yemas, razón por la cual no era, evidentemente, un pollo como otro cualquiera. Estaba muy orgulloso de su nacimiento, y nunca dejaba de contárselo a todo el que se le ponía por delante; pero si se reparaba bien, se caía en la cuenta de que su opinión acerca de sí mismo era mucho más lisonjera que la de los demás. Deciase (y el que lo decía era Perico Pollastre) que el huevo de cuyo cascarón había salido se encontró en la cueva de unos piratas, en un lugar solitario, a orillas del mar. Por eso afirmaba Pollastre que él era PIRATA DE NACIMIENTO.

Pasó su primera pollez en una alquería. No será necesario indicar que allí no le tenían mucha ley. Era un pendenciero terrible y le gustaba meter mucho miedo a los pollitos. Conforme crecía, iba haciéndose cada vez más vanidoso, y cada vez más camorrista.

...y se puso a cacarear terribles amenazas contra toda la pollería.

Al cabo del tiempo, los polluelos acordaron entre sí que era necesario librarse de Perico. No podían seguir soportando sus bravatas. Así, pues, uniéndose todos, atacaron a Pollastre y consiguieron echarlo de la alquería. Perico Pollastre, que era en realidad un cobardón, salió a todo correr para salvar su vida y llegó por fin a un sitio desolado, a orillas del mar. Como ya había perdido

de vista a sus enemigos, volvió a cobrar ánimos y se puso a cacarear terribles amenazas contra toda la pollería.

—¡Arriba esas alas!—dijo una voz ronca.—¿Qué querrán decir esos gritos furiosos?.

EN MANOS DE LOS PIRATAS

Sin que Perico Pollastre se diese cuenta, sus amenazas fueron sorprendidas.

—¡Arriba esas alas!—dijo una voz ronca.—¿Qué quieren decir esos gritos furiosos?

Volvióse Perico, o, por mejor decir, dió un salto. Se había imaginado por un momento que los polluelos le habían seguido hasta aquel lugar solitario, y a punto estaba otra vez de tomar las de Villadiego. Pero cuando vió a los tremebundos rufianes que le apuntaban con sus

pistolas, tuvo tal espanto que ni aun moverse pudo. Pollastre había caído entre las manos de unos piratas, que no eran otros que Conejo Negro y Ramón Ratón.

—¿Qué hace usted aquí?—dijo Conejo Negro.

Perico, al ver que hubiera sido inútil luchar y como además no tenía valor para ello, decidió contarles su historia. No sintió necesidad de que supiesen lo cobarde que era, ni cómo le habían echado de la alquería, sino que empezó a referirles la historia a su modo.

—COMO SOY PIRATA DE NACIMIENTO (y aquí, según costumbre suya, relató Perico cómo y de qué manera había roto su cascarón, que encontraron en la cue-

...a la cueva de los piratas, donde se dieron tal festín, que a Pollastre se le olvidó el susto...

va de unos piratas, en un lugar solitario, a orillas del mar) tomé la determinación de hacer, en mis correrías, invasión en una Granja de Pollos, y así lo hice, YO SOLITO. Yo iba buscando TRIGO. Después de larga y terrible pelea, fuí vencido, porque ellos eran más—ciento contra uno—y tuve que retirarme, no sin haber castigado severamente a muchos de mis enemigos que tenían carne de gallina.

Como soy PIRATA DE NACIMIENTO me dirigí hacia el mar y aquí estoy.

PERICO SE HACE PIRATA

—¡Vaya un tío!—dijeron los dos rufianes.

—¡Todo un pirata de nacimiento! Deja que te hagamos nuestra presentación, dijo Conejo Negro; mi amigo Ramón Ratón, un tío de mucho cuidado; y yo, Conejo Negro, otro tío de mucho cuidado. Los dos somos piratas, y sin duda habrás oído referir nuestras DESCABELLADAS EMPRESAS. ¿Quiéres juntarte con nosotros?

—Ya lo creo—saltó Perico, lleno de gozo ante la buena fortuna de haber ido a caer entre individuos de tal clase.—Una falta tengo—añadió, pensando que le convenía mos-

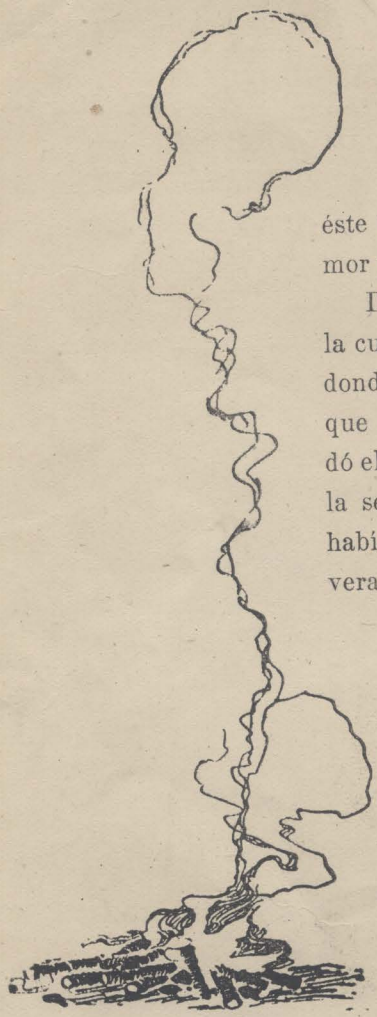
...como además no tenía valor para ello, decidió contarles su historia.

trar franqueza con semejantes bandidos—; una falta tengo, y es cierta debilidad por el TRIGO.

—Eso no es nada—dijo Ramón Ratón.—TAMBIÉN YO tengo cierta debilidad por el QUESO.

—Y yo debilidad por las EMPRESAS DESCABELLADAS—murmuró Conejo Negro, mofándose, con aires de superioridad, del queso y del trigo.

Desde el primer momento Perico había notado que Conejo Negro no tenía más que una oreja, y después de muchas vueltas se atrevió a preguntarle cómo había perdido la otra.



—En EMPRESAS DESCABELLADAS— murmuró Conejo Negro, mirando con tal altanería a Perico, que éste se quedó helado de temor por unos instantes.

Dirigiéronse entonces a la cueva de los piratas, en donde se dieron tal festín, que a Pollastre se le olvidó el susto y empezó a tener la sensación de que por fin había llegado a ser pirata de veras.

EMPRESAS DESCABELLADAS

Iba haciéndose de noche y el cielo presentaba señales de borrasca.

—BONITA NOCHE PARA ALGUNA EMPRESA DESCABELLADA—dijo Conejo Negro cargando sus pistolas.

—¡Vaya que sí!—afirmaron los otros dos.

Terminado el festín, pusieron a discusión sus planes nocturnos y encendieron una hoguera delante de la cueva.

—¿Para qué la encendéis fuera?—preguntó Perico.

El bote hacía agua con rapidez, y el capitán Pato había casi perdido toda esperanza de socorro...

—¡BARCOS!—murmuró en tono áspero Conejo Negro.

—¡BARCOS!—murmuró asimismo Ramón Ratón, mientras sacaba arrastrando su espadón formidable, en previsión de EMPRESAS DESCABELLADAS.

En aquel momento estalló la tormenta. Conejo Negro, sin cuidarse de la lluvia, inspeccionó el mar con su catalejo, dispuesto a dar la voz de alarma en cuanto tuviese un buque a la vista.

—¡Una luz!—gritó de pronto Perico todo excitado. —¿Qué será?

—UN BARCO—cuchicheó Conejo Negro.

—UN BARCO—repitió, como un eco, Ramón Ratón.

—Aquí de las EMPRESAS DESCABELLADAS—murmuró Conejo Negro.

—Ojalá demos con algún QUESO—murmuró Ramón Ratón.

Pollastre no dijo nada, pero pensó mucho en algo que tenía que ver con el TRIGO.

Atáronle fuertemente con maromas y lo condujeron hacia la cueva, prisionero.

«EL LOBO» A LA VISTA

La tempestad estaba en todo su furor y Pollastre calado hasta los huesos. Pero tal excitación tenía que ni siquiera reparaba en ello.

Fué acercándose la lucecita y Conejo Negro descubrió que pertenecía al bergantín *LOBO,* tripulado por el capitán Gil Pato, que llevaba un cargamento de verdura. No pasó mucho tiempo sin que Conejo Negro, siempre con el anteojo asestado, manifestase que el barco estaba en peligro y que se dirigía hacia la costa. El *LOBO,* que era un barquito pequeño, tenía una tripulación compuesta de un solo hombre: el capitán Gil Pato.

Perico Pollastre sintió, al oirlo, secreta alegría, porque había notado que se le iba encogiendo el ánimo al pensar en eso de la tripulación. Temía que los otros piratas pudiesen adivinarlo y empezó a pasearse arriba y abajo, cacareando sin cesar las proezas descabelladas que se proponía llevar a cabo en cuanto se presentase ocasión.

El bote hacía agua con rapidez, y el capitán Pato había casi perdido toda esperanza de socorro cuando vió la hoguera. Inmediatamente se encaminó hacia la costa y cuando estuvo cerca empezó a parpar fuertemente para dar aviso de que iba a tomar tierra.

MAS EMPRESAS DESCABELLADAS

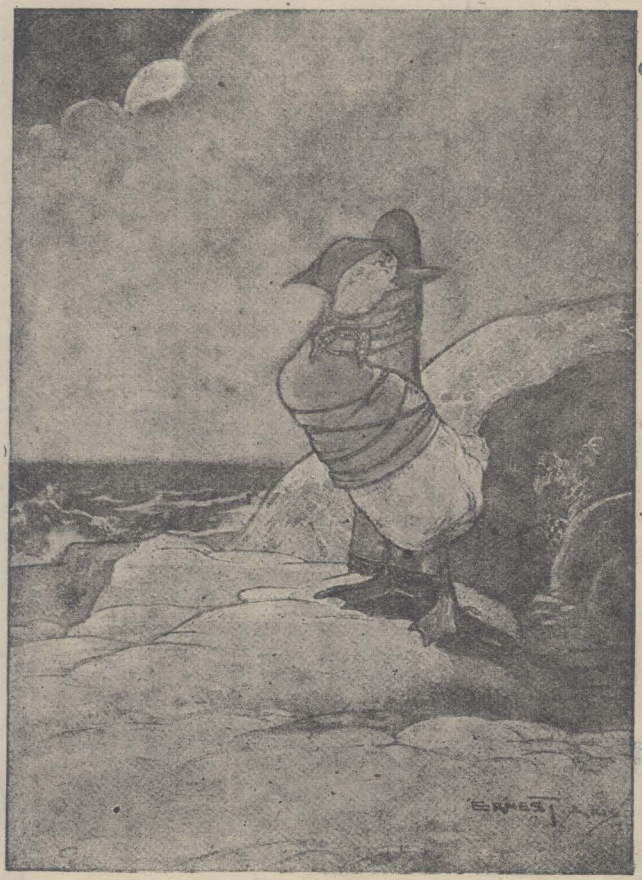
Los tres piratas se dirigieron hacia el barco, desnudas las espadas y amartilladas las pistolas.

—¡Ah del barco!—gritó Conejo Negro para contestar a los parparaveos del capitán.

—¡Vaya una nochecita, capitán!—dijo Perico Pollastre.

—¡Ya lo podéis decir!—contestó el capitán Pato, dispuesto a saltar de la embarcación.

— BONITA NOCHE PARA ALGUNA EMPRESA DESCABELLADA—prosiguió Conejo Negro, apuntando fieramente con su pistola al capitán, a boca de jarro.

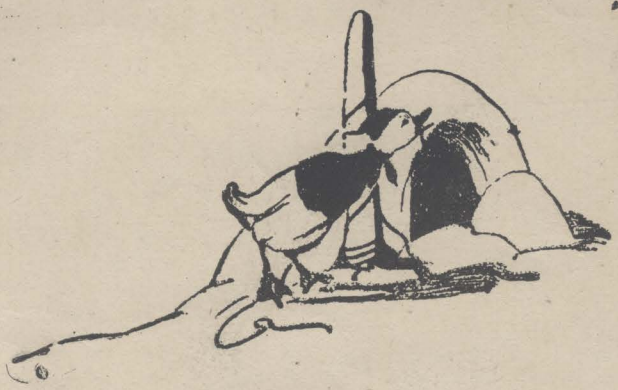


...después de amarrar fuera, con toda precaución para tenerlo seguro, al Gil Pato...

—¡Arriba esas alas! Date, que somos más.

El pobre Gil Pato comprendió al momento que había caído en manos de unos piratas y que no podía esperar cuartel. Peleó como un valiente, pero se dió cuenta de que era inútil luchar y de que no podría resistirse contra tres bandidos bien armados y resueltos a todo; y así ocurrió. Pronto fué dominado, y los piratas se apoderaron del cargamento.

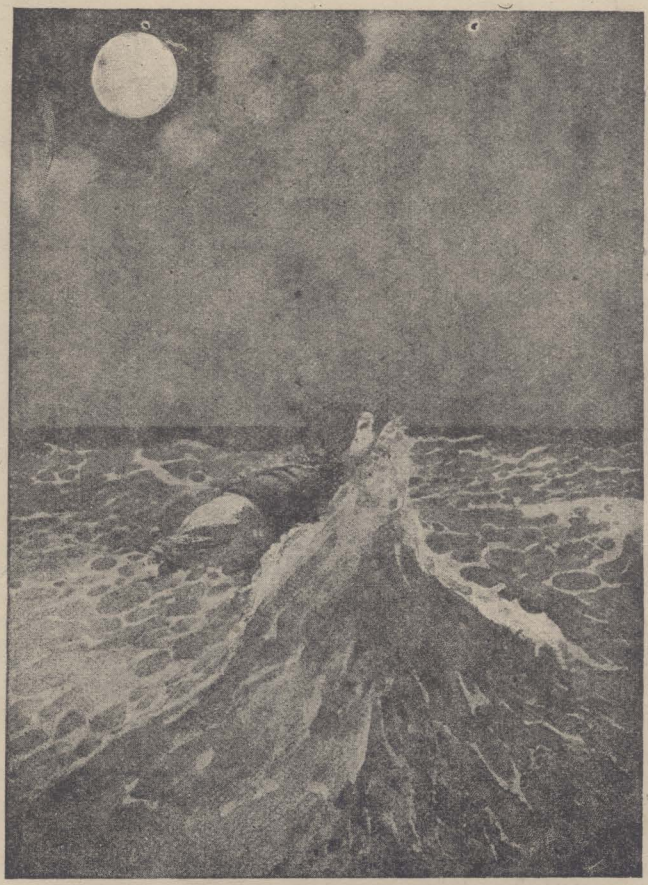
Atáronle fuertemente con maromas y lo condujeron hacia la cueva, prisionero.



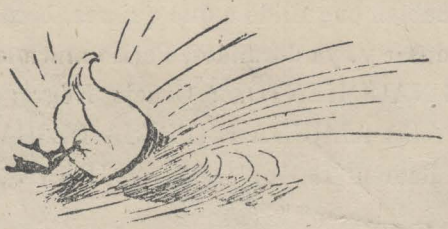
GIL PATO PRISIONERO

Cuando llegaron a la cueva, entráronse en ella los piratas, después de amarrar fuera, con toda precaución para tenerlo seguro, a Gil Pato. Diéronse luego un espléndido banquete, gracias al botín, e hicieron larga sobremesa. Casi habían olvidado por completo a Gil Pato, y se pusieron todos muy alegres, blasonando cada cual a grandes voces de la parte que había tomado en la refriega.

Conejo Negro sentíase especialmente dichoso, porque todo el cargamento era de verdura, y si él tenía alguna debilidad era por la verdura. Ramón Ratón no se mostraba tan satisfecho.



Sabía nadar como un pato, y lanzándose atrevido al mar se dirijió hacia el navío.



—Ojalá hubiera sido QUESO—decía.

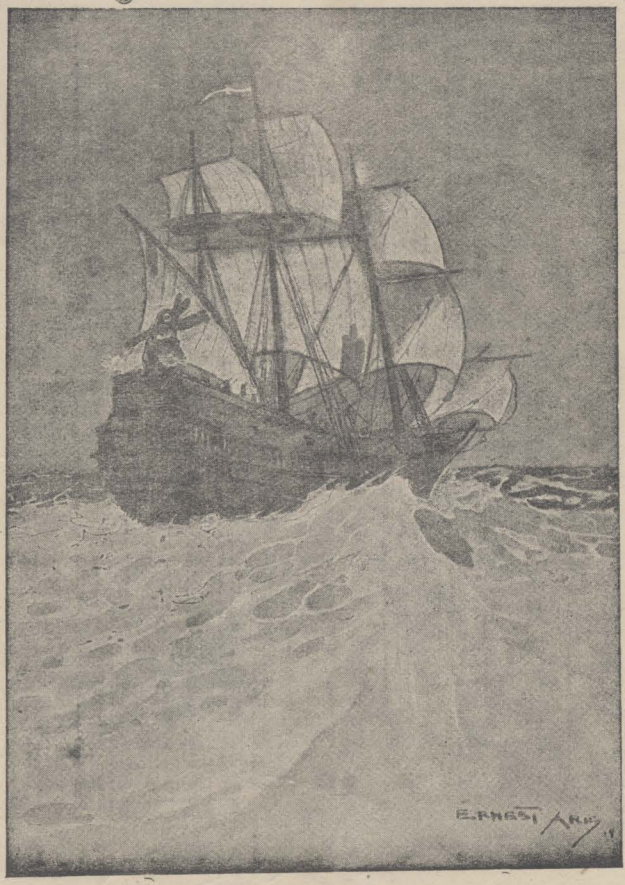
—Ojalá hubiera sido TRIGO—coreaba Perico Pollastre.

Conejo Negro, con una risita ahogada, los consoló diciéndoles que el *BUENA PITANZA*, un buque cargado de toda clase de provisiones, había zarpado de un puerto del extranjero y muy pronto tenía que pasar por aquellos lugares.

Pusiéronse a combinar un plan de ataque. Repararían el averiado bote del capitán Pato y se harían a la mar para salir al encuentro del *BUENA PITANZA*.

Como habían engullido a qué quieres, boca, se echaron a descansar y, ya dormidos, Perico murmuraba: PIRATA DE NACIMIENTO...; Conejo Negro: BONITA NOCHE PARA ALGUNA EMPRESA DESCABELLADA..., y Ramón Ratón: OJALÁ HUBIERA SIDO QUESO.

Tan alto habían hablado, que el capitán Pato pudo enterarse perfectamente de sus planes. Resolvió escaparse a toda costa, y después de frenéticos esfuerzos consiguió verse libre.



El BUENA PITANZA viró dirigiéndose al que nadaba...

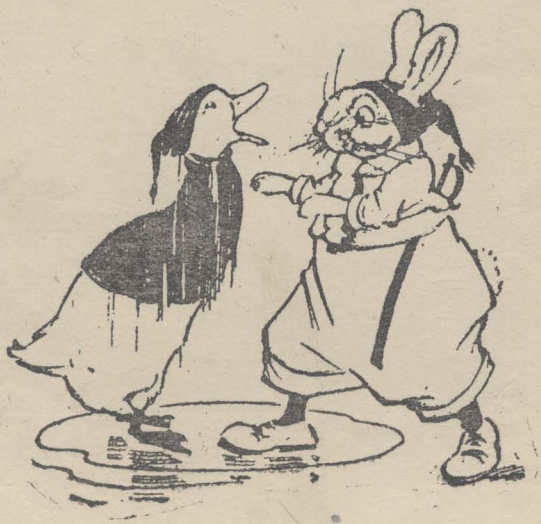
GIL PATO SE ESCAPA

La tempestad había pasado, y en aquel momento salía la luna de una negra nube. Fué una suerte para el capitán Pato, porque los piratas le habían arrastrado a cierta distancia de la costa, por un terreno rocoso. En cuanto se vió libre, sus primeros pensamientos fueron para el *BUENA PITANZA:* ¿cómo podría salvarle de lo que contra él habían tramado aquellos piratas? Sentíase torpe y dolorido en extremo, porque le habían tenido mucho tiempo atado, y estuvo un rato sin moverse, temeroso de despertar a los bandidos, y desesperanzado de alcanzar al *BUENA PITANZA.*

Comprendió que no tenía tiempo que perder, y haciendo el menor ruido posible se encaminó al lugar de la playa donde habían dejado el bote. Pronto echó de ver, sin embargo, que con lo averiado que había salido de la tempestad estaba inservible. Mientras calculaba lo que podría hacer, divisó, muy lejos aun, las luces de un barco.

—No puede ser más que *BUENA PITANZA*—pensó para sus adentros—, y ES NECESARIO dar inmediatamente aviso al capitán.

Sabía nadar como un pato, y lanzándose atrevido al mar se dirigió hacia el navío.



Cuando se hallaban en lo alto de la escollera, mirando al mar...

«EL BUENA PITANZA»

El *BUENA PITANZA*, navío de alto bordo, cargado de toda clase de provisiones, había capeado sin riesgo el temporal. A diferencia del bergantín *LOBO*, llevaba una verdadera y numerosa tripulación. Era su capitán Blas Conejero, el más valeroso conejo que jamás surcó los mares. Hallábase sobre cubierta mirando con su catalejo, cuando advirtió, a gran distancia, una manchita roja. Al principio no podía determinar qué fuese

aquéllo, pero, como se iba acercando, pronto descubrió que era el gorro de Gil Pato, el cual, nadando, acercábase al navío con toda celeridad. En seguida pensó que el barco del capitán habría naufragado a causa de la tormenta.

—¡PATO AL AGUA!—gritó a sus hombres.

El *BUENA PITANZA* viró dirigiéndose hacia el que nadaba, y el bravo capitán Pato se vió muy presto seguro a bordo. Había estado nadando mucho tiempo, y el pobre Gil se encontraba sin fuerzas. Pronto se reanimó, sin embargo, y dijo cuanto tenía que decir.

El capitán Blas Conejero dió las gracias a Gil por su oportuno aviso, y al instante llamó a todo el mundo sobre cubierta para dirigirse inmediatamente en busca de los piratas.

Ramón Ratón, que afilaba su espadón formidable...

LA BANDERA PIRATA

Al apuntar el día, el canto de Perico Pollastre despertó a Conejo Negro y a Ramón Ratón. Con gran desaliento se encontraron sin su prisionero; por ninguna parte se le veía. Después de registrar cuidadosamente las rocas y escolleras próximas a la cueva, los piratas tuvieron que convenir en que Gil Pato se les había escapado sin duda alguna.

—¡Ojalá no se haya llevado el barco!—dijo Conejo Negro.

Cuando se hallaban en lo alto de la escollera, mirando al mar, Ramón Ratón exclamó súbitamente:

—¡Una vela! ¡Una vela!

—¡El *BUENA PITANZA!*—gritó Conejo Negro, atisbando también una vela, a lo lejos.

Fueron apresuradamente al lugar en que habían dejado la embarcación del capitán Pato, y sintieron extraordinaria alegría al ver que no se la había llevado. La repararon pronto e izaron en ella la bandera pirata.

—¡TODOS A BORDO!—gritó Conejo Negro—; y ahora, ¡VENGAN EMPRESAS DESCABELLADAS!

Perico Pollastre, aunque pirata de nacimiento, no había estado nunca en el mar; en cuanto oyó la orden, el ánimo empezó a flaquearle. Buscó a duras penas una excusa para quedarse en tierra.

—Quizá sería mejor que yo me quedase a tener cuidado de la cueva—aventuró.

—¡De ningún modo!—dijo Conejo Negro.—Necesitamos la ayuda de todos para las descabelladas proezas que vamos a hacer.

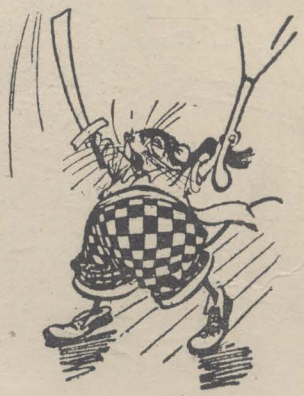
Perico, viendo que no había ya remisión, muy despacio y a regañadientes entró en la barca.

EN ALTA MAR

La brisa era fuerte y pronto estuvieron mar adentro los piratas.

—¿No os parece demasiado atrevimiento este de salir con un bote tan fragil?—preguntó en tono triste Perico.

—Pues esto no es nada para lo que ha de venir—le



El barco pirata estaba ya cerca del BUENA PITANZA...

dijo Ramón Ratón, sonriéndose, porque había echado ya de ver que Perico no estaba acostumbrado al mar.

No replicó Pollastre, y allí se estuvo sin abrir el pico durante mucho tiempo. Empezaba a sentirse bastante indispuesto y la reluciente cresta roja empezaba a ponérsele de un color sonrosado.

Conejo Negro iba murmurando:—AHORA, VENGAN EMPRESAS DESCABELLADAS.

Ramón Ratón, que afilaba su espadón formidable, murmura quién sabe qué acerca del QUESO.

—¿Cómo estás tan alegre, Perico?—interpeló Conejo Negro, riéndose.

—¡Ay! Estaba pensando en la magnífica recolección de TRIGO que tendremos en cuanto hayamos capturado el *BUENA PITANZA*—contestó Perico, haciendo de tripas corazón.

—¿Llevas siempre la pistola boca arriba cuando sales al mar, Perico?—dijo Ramón Ratón, que no podía ya contener la risa.

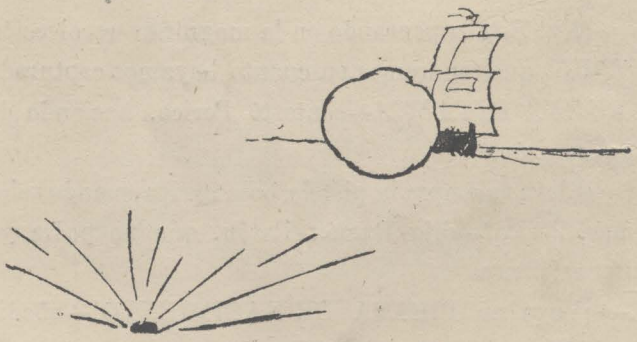
—¡Vaya un PIRATA DE NACIMIENTO!—añadió Conejo Negro, riéndose también.

¡AH DEL TRIGO!

El barco pirata estaba ya cerca del *BUENA PITANZA*. Ramón Ratón dió un brinco, blandiendo su tremebunda espada.

—¡AH DEL QUESO!—gritó.

Los dos piratas trataron inútilmente de despabilar a Perico, el cual se sentía tan malo que no se daba cuenta de nada.



...Dió un brinco aterrorizado, y perdiendo pies ¡chás!, cayó del barco al agua...

—¡Ven aquí, tú, PIRATA DE NACIMIENTO,—gritó Conejo Negro—; levántate, saca tu espada, carga tu pistola!

Como ninguna de estas cosas diera resultado, a Ramón Ratón se le ocurrió de repente una idea:—¡AH DEL TRIGO!—gritó al oído de Pollastre.

A estas palabras Perico se puso en pie, tambaleándose, y aseguró que no hacía más que fingir para engañar al enemigo.

—¡Eso es! ¡AH DEL TRIGO!—gritó en voz muy débil, y volvió a dejarse caer dentro del bote.

—¡VAYA UN PIRATA DE NACIMIENTO!—dijo Ramón Ratón, sonriéndose.

HOMBRE AL AGUA

Perico advirtió entonces que los piratas se estaban burlando de él. Aunque se sentía aún muy enfermo y

estaba pasando un gran susto, se empeñó una vez más en tenerse en pie. Vió que no había medio de volver la espalda, y con un valor hijo de la desesperación lanzó un fuerte canto de desafío. Los del *BUENA PITANZA* le contestaron con vigorosas aclamaciones.

¡PUM! La batalla había comenzado. El *BUENA PITANZA* abría el fuego contra los piratas. A los primeros estampidos del combate todo el valor de Perico desmayó nuevamente. Se agitaba lleno de temor, y, al chocar con la borda, se le disparó por casualidad la pistola. Aquello era demasiado para Perico. Dió un brinco aterrorizado, y perdiendo pie, ¡chás!, cayó del barco al agua. Le izaron con harta dificultad.

—¡VAYA UN PIRATA DE NACIMIENTO!—exclamaron Conejo Negro y Ramón Ratón, contemplando a Perico Pollastre, húmeda masa de plumas que se estremecía, llena de espanto, en el fondo del bote.

Ramón peleaba como un diablo y su enorme espada infundía terror...

LA BATALLA

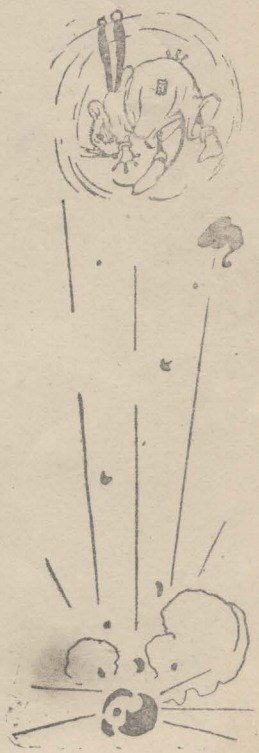
Las dos embarcaciones, entre tanto, habían llegado a estar una junto a otra. Pronto los piratas, a excepción de Perico, que seguía tendido en el fondo de su barco, entraron al abordaje en el *BUENA PITANZA*. El combate que se empeñó fué desesperado.

La tripulación del *BUENA PITANZA*, aunque numerosa, era pequeña, porque estaba formada principalmente por ratoncitos. Llevaban los piratas la mejor par-

te en la lucha, y la tenían ya casi ganada, cuando el capitán Conejero se afrontó con Conejo Negro. En aquel desesperado combate singular, Conejo Negro salió herido.

Ramón peleaba como un diablo y su enorme espada infundía terror en los corazones de sus enemigos.—¡AH DEL QUESO!,—gritaba Ramón, descargando cintarazos a diestro y siniestro.

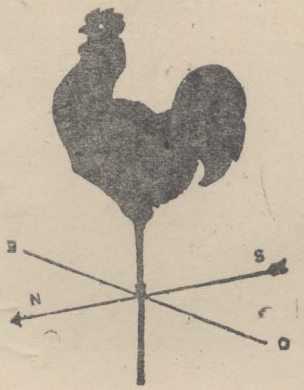
Al ver que Conejo Negro estaba herido, corrió a darle socorro, y al hacerlo tropezó con su enorme espadón y cayó al suelo. Como le habían ganado ventaja, pronto fué vencido por la fuerza del número.



EL FIN DE LOS PIRATAS

Los piratas cayeron todos prisioneros.

—Si no hubiera sido por este fanfarrón de Perico Pollastre, todo hubiese salido a pedir de boca—gruñó Conejo Negro.

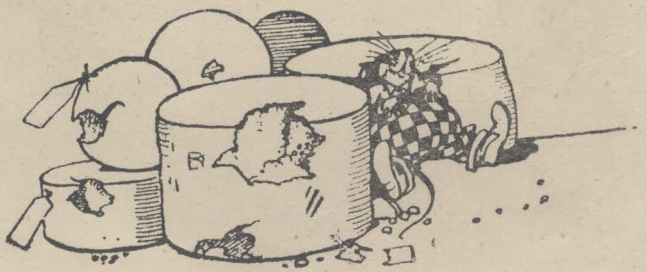


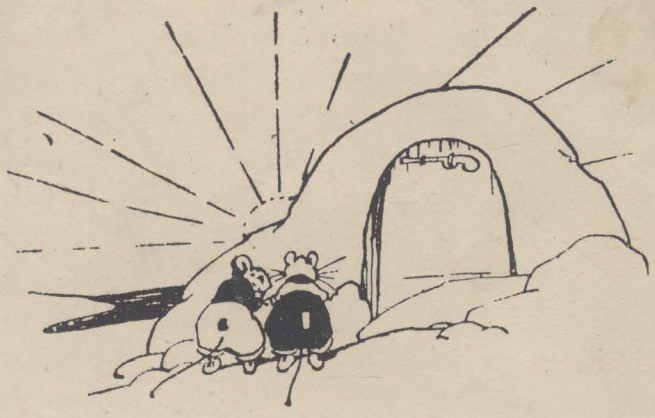
...Le permitieron que se retirase jubilado a su cueva, a donde casi nadie iba a verle...

—Eso es, y estaríamos a estas horas comiendo QUESO—añadió Ramón Ratón en tono lúgubre.

Perico Pollastre fué izado desde la barca y salió convertido en un ave un tanto cariacontecida y mucho más juiciosa. Se arrepintió de sus fanfarronadas y encontró colocación en una alquería. Muchos años después, cuando murió, era un gallo respetabilísimo. Dicen que todos esos gallos de latón que hay en las veletas de los campanarios los ponen para perpetuar la memoria de Perico.

A Ramón Ratón le quitaron aquella enorme espada que tenía, y sin ella fué ya inofensivo. Se le dejó en libertad a bordo del *BUENA PITANZA,* pero cierto dia





se metió en la despensa del barco y murió de un atracón de QUESO.

Conejo Negro perdió en la batalla su única oreja, de manera que se quedó sordó como una tapia. Le permitieron que se retirase jubilado a su cueva, a donde casi nadie iba a verle. Sólo de vez en cuando algún visitante llegaba en su busca, deseoso de oirle contar sus antiguas EMPRESAS DESCABELLADAS.

LA ISLA DESIERTA

LA ISLA DESIERTA

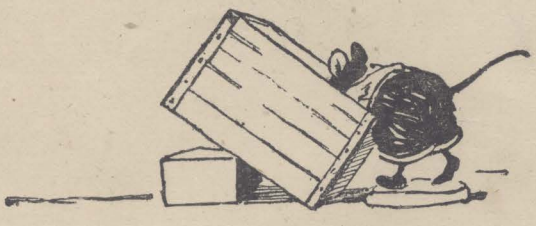
CUENTO PARA NIÑOS

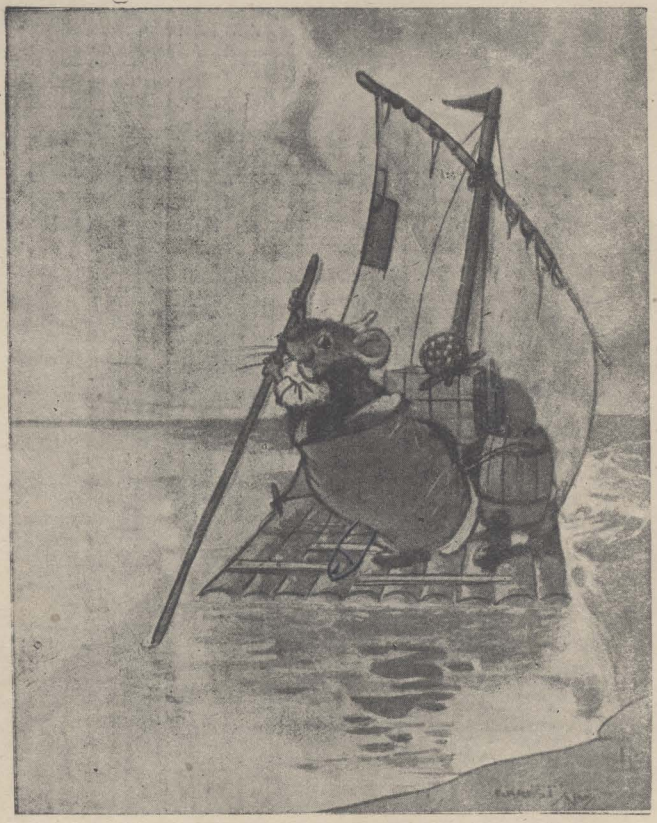
POR

MAY BYRON

CON ILUSTRACIONES DE

ERNESTO A. ARIS

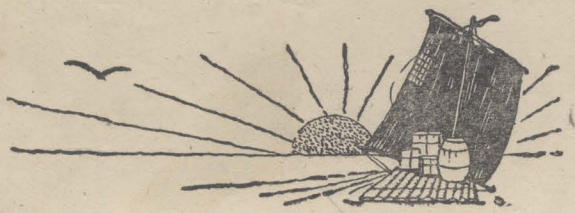




Ratón Robinsón se embarca.

CAPÍTULO PRIMERO

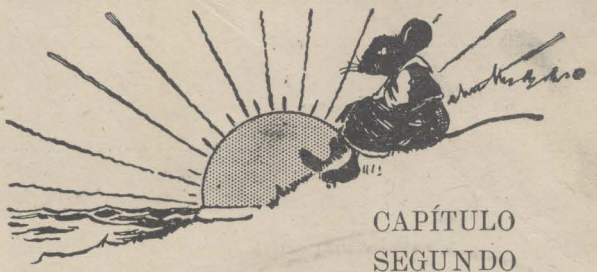
RATÓN-Robinsón tenía su residencia en el Palacio de Rodapié, donde vivía acompañado de su querida mamá y de sus hermanitos Hociquillo y Rosadita. Desayunaban cortezas fritas de tocino, cenaban queso asado, y de merienda tomaban lo que les venía en gana. Todos ellos se sentían muy felices, excepto Ratón-Robinsón, que deseaba correr aventuras extraordinarias. Y como en casa no podía tenerlas, se escapó. Hizo una balsa él solito y salió navegando por alta mar, seguro de que en su viaje



encontraría alguna aventura de las que constantemente fraguaba su ardorosa imaginación ratonil. Mas al poco tiempo de su partida se desencadenó una terrible tormenta y zozobró la balsa.

El pobre Ratón-Robinsón cayó al mar, pero se agarró con toda su fuerza a una lata de galletas. Cuando las grandes olas le golpeaban y tiraban de un lado para otro, chillaba como un desesperado. Al fin, una de las olas se lo llevó hacia una isla y lo lanzó en su playa.

En cuanto se retiró la ola, Ratón-Robinsón empezó a correr como un loco. Pero no había corrido un metro cuando vino otra ola que rompió sobre él y casi lo ahogó. Ratón-Robinsón enterró los pies en la arena y se sostuvo así hasta que se retiró la ola, y entonces apretó a correr de nuevo, y a correr y a correr, y precisamente un momentito antes de que rompiese la ola que venía detrás, cayó sin aliento sobre tierra firme.

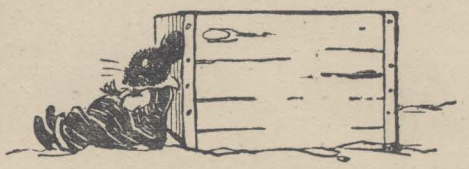


CAPÍTULO SEGUNDO

Después que echó fuera casi toda el agua que había tragado, Ratón-Robinsón balbuceó—Abebubabúbebobubo—es decir—Aventura número uno—. Y en cuanto hubo descansado un poco, se puso a explorar los alrededores. Tenía la esperanza de encontrar a alguien que le ayudara a volver a su casa, pero desgraciadamente no se veía un alma: estaba, sin duda alguna, en una isla desierta.

Cuando volvió a pasar por el lugar por donde había entrado de tan mala manera en la isla, se encontró con los restos de su balsa náufraga que el mar había arrojado

Ratón Robinsón se construye una cabaña.



a la playa. Empezó a construir con la madera una cabaña, y encendió un buen fuego para secar sus vestidos. Y como al entrar en calor sintió un gran apetito, abrió la lata de galletas.

Las galletas estaban bastante húmedas, y el queso (que se encontraba en la misma lata) un poquito pegajoso. Pero cuando Ratón-Robinsón se sentó a comer le pareció aquello como una jira de campo en que se daba un gran banquete para él solo. No había por allí un alma, naturalmente, pero en cambio había mucho más que comer. Y para Ratón-Robinsón esto era lo más importante de la vida.

Sin embargo, al poco rato comenzó a pensar, entre los horrores de la digestión, que aquello era ya demasiada tranquilidad.

—Lo que necesitaría ahora es tener con quien charlar de política—dijo. Y colgó como señal un pedazo de su camisa, con la esperanza de que los barcos que pasaran la viesen y vinieran a socorrerle.

CAPÍTULO TERCERO

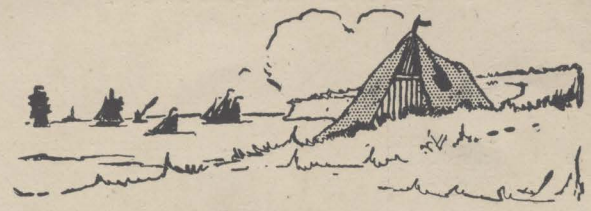
Ratón-Robinsón, una vez que hubo colgado su pedazo de camisa, exploró un poco más aquellos terrenos. Aquella Isla Desierta era muy interesante en cuanto se le iba conociendo bien: parecía que en ella habían naufragado antes que él una porción de gentes que amablemente habían dejado todo lo que no querían llevarse. No abundaban, por desgracia, los comestibles, pero había en cambio un sin fin de otras cosas, como una trompetilla, una caja (vacía) de bombones, una bota clara de becerro, una guía de ferrocarriles, una pluma estilográfica y un acordeón.

Ratón-Robinsón continuó recogiendo más y más cosas hasta que le pareció que era bien rico. Estaba divertidísimo: lo único fastidioso era que no cabía en la cabaña todo aquel tesoro extraordinario.

Ratón Robinsón ve al Salvaje.

Volvía a ella muy contento a la caída de la tarde, cuando por casualidad se le ocurrió mirar por encima de la escollera, y ¡cielos! ¿qué era aquello que andaba por la playa cubierto de plumas? ¡Un terrible salvaje de la tribu feroz del Gato Negro! ¡Pero qué pícara suerte tenía el pobre Ratón-Robinsón!

Si alguna vez habéis visto a un explorador arrastrarse tendido boca abajo, en tierra, con la cara metida en hierba, sabréis cómo llegó Ratón-Robinsón a su cabaña. También había sido él explorador en tiempos pasados; recordó un poco, hizo una barricada en la puerta con la lata de galletas, y se sentó tras ella todo pálido y tembloroso.



CAPÍTULO CUARTO

Pasaron varios días después de esto sin que Ratón-Robinsón se atreviera a encender el fuego, ni a lavarse la cara, ni siquiera a roer las galletas haciendo todo el ruido que él hacía cuando las comía a sus anchas. Muchas veces miraba hacia afuera por las grietas de la cabaña, pero no veía al salvaje de las plumas por ninguna parte.

—A estas horas deben haber pasado ya varias docenas de barcos - decía Ratón-Robinsón bastante fastidiado.—¿Cómo no vendrán a salvarme?—Y se escurrió fuera de la cabaña para poner la señal un poco más alta. Pero una vez fuera pensó:—Voy a dar un paseillo, porque buena falta me hace tomar un poquito de aire de mar.—¡Ffff! ¡Scrrrr! ¡Miauuu!...—Al oir de repente

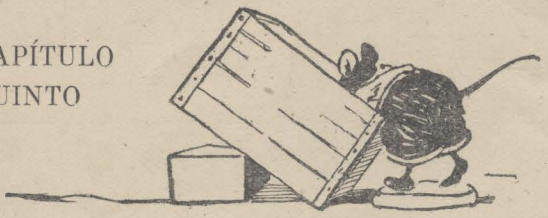
El Salvaje da caza a Ratón Robinsón.

el espantaso grito de guerra del salvaje, Ratón-Robinsón volvió la cabeza y ¡oh espanto! el salvaje estaba allí, casi a su lado.

¡No podeis imaginaros lo grande y negro que era! ¡Verdaderamente horrible! Galopaba detrás de Ratón-Robinsón, lanza en mano, y éste corría, corría y corría, y gracias a Dios llegó a su casa en el momento crítico en que iba a echarse el salvaje sobre él; y se metió precipitadamente en la cabaña, dando un portazo en las mismas narices del salvaje, que cayó de espaldas terriblemente desesperado.

—¡Miauuu!—gritó el salvaje fuera de la cabaña.—¡Ji! ¡Ji!—respondió con su risita de niño Ratón-Robinsón cuando le oyó marcharse furioso.—¡De buena me he escapado hoy!—pensó.—En adelante debo tener más cuidado. Muy bueno es el aire fresco de mar, pero mucho mejor es guardar el pellejito dentro de casa y comerse las galletas tranquilamente a la sombra!

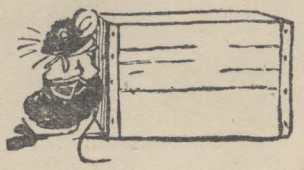
CAPÍTULO QUINTO



Día tras día, las galletas y el queso, con las acometidas que Ratón-Robinsón les daba en su aburrida soledad, fueron disminuyendo sin interrupción, y Ratón-Robinsón pensó en ponerse a dieta, pero claro, lo que pasa es que cuando un chico como él está en la edad del crecimiento y tiene un apetito tan feroz, si le escatima usted en el desayuno, tiene usted que atiborrarle a la hora de merendar. En fin, sea como sea, ello es que se puso a dieta.

Y al fin llegó el terrible momento. Una mañana, a la hora de desayunar, se encontró con que había terminado con *todo* la noche antes, hasta con el último migajón.

—Bueno,—se dijo resuelto y melancólico;—pues lo que es yo prefiero que me coma el salvaje a no tener nada que comer. Tendré que forrajear un poquito, pero ¡qué le vamos a hacer!



Ratón Robinsón arrastra el queso hacia su casa.

Salió andando con mucho cuidado a lo largo de la playa, todo ojos y oídos, y con el mayor silencio posible, cuando de pronto gritó:—¡Ay!—porque se había lastimado un dedo del pie con una piedra muy grande que estaba medio enterrada en la arena. Pero, ¡oh, alegría! ¡Aquella piedra era nada menos que un queso! Ratón-Robinsón lo ató con una cuerda y empezó a tirar de él para llevarlo a su casa.

—No comprendo cómo los otros náufragos se han dejado aquí una cosa tan rica—dijo—. ¡Vaya una cena que voy a darme esta noche, y yo solito! La verdad es que mirándolo bien una Isla Desierta no es un sitio tan malo como a veces se cree uno.

CAPÍTULO SEXTO

Llegaba ya cerca de su casa, bastante cansado, porque el queso aquel que tanto le regocijaba pesaba mucho.—«Ahora que falta ya poquito podré tomarlo con más calma»—pensó.

—¡Ffff! ¡Scrrrr!—maulló el salvaje detrás de él—. Y en menos que se cuenta me cogió al pobre Ratón-Robinsón, lo sujetó con la cuerda con que iba tirando del queso, y lo ató fuertemente en una cueva oscura y triste como un calabozo cualquiera. —¡Ramamañauu!—maulló nuevamente el salvaje de un modo bastante desagradable, y se fué despacio, dejándole allí prisionero.

¿Pero creéis que por eso perdió ánimos Ratón-Robinsón? Pues no señor, todo lo contrario. En cuanto desapareció el salvaje se puso a roer la cuerda del queso, que por cierto tenía un sabor áspero y seco y le ha-

Ratón Robinsón se escapa de la cueva del Salvaje.

cía sangre en la lengua, pero ¡qué importa! ¡Ratón-Robinsón quedó libre!

Y se fué en busca de la cabaña y del queso. ¡Ya tenía bastante que andar! Escabullóse andando sobre la punta de los pies, y ¡no se puso poco contento cuando vió la puerta de su cabaña!—No hay nada como la casa de uno —dijo Ratón-Robinsón aligerando el paso -. Aquí al menos está uno libre de negrazos caníbales emplumados, y...—¡Guuff!—sonó un espantoso ruido a su lado.

Era otra vez el salvaje, que estornudaba a la puerta de la cabaña.

—Ij, ij—chilló Ratón-Robinsón, advertido del peligro en el momento crítico, y escapando lo más deprisa que pudo correr. Llegó a un bosque y se escondió entre sus ramas más bajas. ¡Figuráos lo que le habría pasado al pobre amigo nuestro de no estornudar el salvaje!

CAPÍTULO SÉPTIMO

Cuando llegó aquella noche, Ratón-Robinsón sentía un hambre loca que nunca antes había sentido. Como que en todo el día había tenido que contentarse con el olorcillo a queso. Escondióse, y con un paso muy menudito, se llegó hasta la cabaña, y viendo en la parte de atrás un agujerito se escurrió por él y husmeó lo que había dentro.

Aun quedaba el olor a queso, pero nada más que el olor. Abrió con cuidado la puerta, y dió un paso hacia afuera.—¡Guuff!—Saltó atras y cerró de golpe. Al poco rato dijo:—¡Bah! No es más que el ruido del mar—y de nuevo dió un paso hacia afuera. El queso estaba allí cerca.

—¡Guúff!

¡Paf! Saltó la trampa.

Ratón-Robinsón saltó y cerró de nuevo. Poco después pensó:—¡Bah! Es el ruido que hace la bandera con el viento; y esta tercera vez se atrevió a salir completamente fuera de la cabaña. Estaba precisamente husmeando alrededor del queso, cuando ¡paf! saltó la trampa que había puesto el salvaje para cogerlo. De milagro escapó, y el pobre se quedó muy triste y sin su queso. Se sentó en la cabaña vacía, y... ¿lo decimos? le entraron ganas de llorar. No se le puede decir nada, señores, porque a cualquiera le hubiera ocurrido lo mismo si hubiese pasado todo lo que el pobrecillo Ratón-Robinsón había pasado aquél día. Además, ¡tenía tanta, tanta hambre!

CAPÍTULO OCTAVO

No me atrevo a salir ya más—suspiró Ratón-Robinsón—. Veo que estos negrazos son mucho más listos que la gente chiquita como yo. Y seguía llorando y llorando con hondo desconsuelo, acordándose de su casita, de su mamá y de sus hermanos Hociquillo y Rosadita.

De pronto pensó, mientras se secaba las lágrimas y se sonaba la nariz:—Deben de estar pasando cientos de barcos, voy a hacerles señales desde aquí.—Puso de pie la lata de galletas, trepó a lo alto de ella, hizo con los dientes un agujero a un lado de la cabaña, y se puso a mirar, a mirar y a mirar, hasta que casi le dió un vértigo. Al fin vió un barquito de vela que se iba acercando. Cuando ya estaba al lado de la playa conoció que su patrón era el Rey Gnomo, de Isla Cerquita, que venía, sin duda a salvarle.—¡Salvado! ¡Salvado!—gritó Ra-

Rey Gnomo acude a salvar a Ratón Robinsón.

tón-Robinsón, bailando el baile inglés sobre la lata de galletas.

El Rey Gnomo había visto la señal hacía días, pero tenía en aquel momento un fuerte dolor de muelas, y además en Isla Cerquita se trabajaba muy despacio. En fin, allí estaba ya de pie en el bote y gritando: ¡Aguarda! ¡No te muevas!

—Bien está—gruñó Ratón-Robinsón.—Bastante he aguardado y bastante quieto que me he estado. A tuertas o a derechas tengo que llegar ahora a ese barco; porque si el Rey Gnomo viene hasta aquí, de seguro le cogerá el salvaje, y entonces ¿qué va a ser de mí?

CAPÍTULO NOVENO

Ratón-Robinsón salió arrastrándose y escondiéndose detrás de las piedras y de las matitas de hierba hacia donde iba a atracar el Rey Gnomo en la playa solitaria. Pero comprendió que el salvaje seguiría su rastro, y llegando a la arena, le entró un terrible susto al ver que tenía que cruzar la playa.

Y, naturalmente, al llegar al descampado oyó el alarido de guerra —¡Miauuu!—y apareció el salvaje corriendo tras él... ¡Oh! ¡Cómo corría con todas sus fuerzas el pobre Ratón-Robinsón! ¡Y qué difícil es correr sobre la arena tan fina y tan escurridiza! El salvaje se acercaba cada vez más, poseído de un espantoso furor y con la lanza dispuesta.

Ratón Robinsón creía que se le venía encima el mun-

Ratón Robinsón llega sano y salvo al lado del Rey Gnomo.

do. Ya no tenía aliento. Miró aterrorizado a su alrededor, y tropezando con una piedra dió de cabeza en el suelo, pero se levantó y siguió corriendo, jadeante. Ya estaba el salvaje muy cerca, e iba a echarse encima de él, cuando el barco tocó la arena. El Rey Gnomo saltó a tierra, y dando un gran grito, hizo correr, espantado, al salvaje, mientras Ratón-Robinsón caía, como un plomo, a los rojos pies del Rey.

Cuando se repuso un poco, explicó al Rey Gnomo todo lo que le había ocurrido.—Y ahora lléveme lejos de aquí lo más deprisa que pueda—concluyó. Y la barca se hizo a la mar con el Rey Gnomo y Ratón-Robinsón, que desde ella le hacía burla al salvaje, riéndose como un tonto.

Puta

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CAPÍTULO DÉCIMO

Coge el timón—le dijo el Rey Gnomo—y en un periquete nos alejamos.—Ya estaban levantando la vela del barco para marcharse, cuando Ratón-Robinsón gritó al Rey Gnomo.—¡Oiga usted! Por si alguna otra persona naufragase aquí, ¿no podríamos dejar un aviso diciendo: *¡Cuidado!?* ¿Y poner un cartel que dijera: *Isla Desierta muy malsana. No hay alimentos. Salvajes?*

– Sin duda que debiéramos hacer alguna cosa—dijo el Rey Gnomo. Y se puso a pensar un buen rato, sentado en la proa, mientras el mar tranquilo mecía dulcemente la barca.

—¡Ya lo tengo!—gritó excitado Ratón-Robinsón. – Mejor dicho, *usted* lo tiene. ¡Ahí está! —dijo señalando al cascabel del barco del Rey Gnomo. – ¡Vamos a atárselo al cuello!

—Es un trabajillo peligroso – dijo el Rey Gnomo.

Rey Gnomo y Ratón Robinsón someten al Salvaje.

—¿Peligroso? Ni una chispa – dijo Ratón-Robinsón.—Siempre echa el salvaje una siesta por las tardes. ¿Qué miedo puede usted tenerle?.

Para decir verdad, los dos estaban muertos de miedo; pero cobrando valor, arrimaron la barca a la orilla, la ataron a una estaca, se llegaron hasta donde estaba el salvaje dormido, y con una cinta azul le colgaron el cascabel al cuello. Despertó entonces el salvaje, y les hubiera echado mano a no ser porque el cascabel le sonó tan agudamente al lado de una oreja, que se asustó y huyó por la isla como alma en pena.

– ¡Já, já! – rieron Ratón-Robinsón y el Rey Gnomo. – ¡Ahora se encargará él mismo de avisar a todo el mundo! ¡Ahora no podrá esconderse ni andar por ahí rondando. ¡Vivaaaá! – Y alegremente pusieron vela al viento.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La señora de Robinsón y sus hijos Hociquillo y Rosadita charlaban de esta manera, sentados cómodamente junto al hogar del palacio de Rodapié: –¿Dónde andará nuestro pobre hermano Ratoncito? ¡Fué un tonto en escaparse! –decía Rosadita. - ¡Figúrate tú las comidas que se ha perdido!—decía Hociquillo.

—¡Ah!—chilló la mamá al abrirse violentamente la puerta.—Y luego gritaron todos al mismo tiempo:—¡Oh! —Porque Ratón-Robinsón entró de pronto corriendo, todo mojado de las salpicaduras de las olas, tostado del viento, y diciendo a grandes gritos:—¡Ay que gusto estar de nuevo en casa! ¡Dadme, dadme por Dios muchas cosas que comer!

Le sirvieron una comida abundante con todo lo mejorcito de la despensa. Sus dos hermanos le hacían compañía, Hociquillo a la dere-

Ratón Robinsón vuelve a su casa.

cha y Rosadita a la izquierda, y su mamá lo miraba sin pestañear, con las lágrimas saltadas.

De sobremesa contó nuestro atrevido aventurero todas sus maravillosas aventuras. Los vecinos acudieron corriendo a oirlas. Y como todos repetían que Ratón-Robinsón era un héroe, él empezó a creérselo.—¡Pero se pasa mucha hambre haciendo de héroe en una Isla Desierta! ¡Es mucho más divertido quedarse en casa! —dice Ratón-Robinsón.

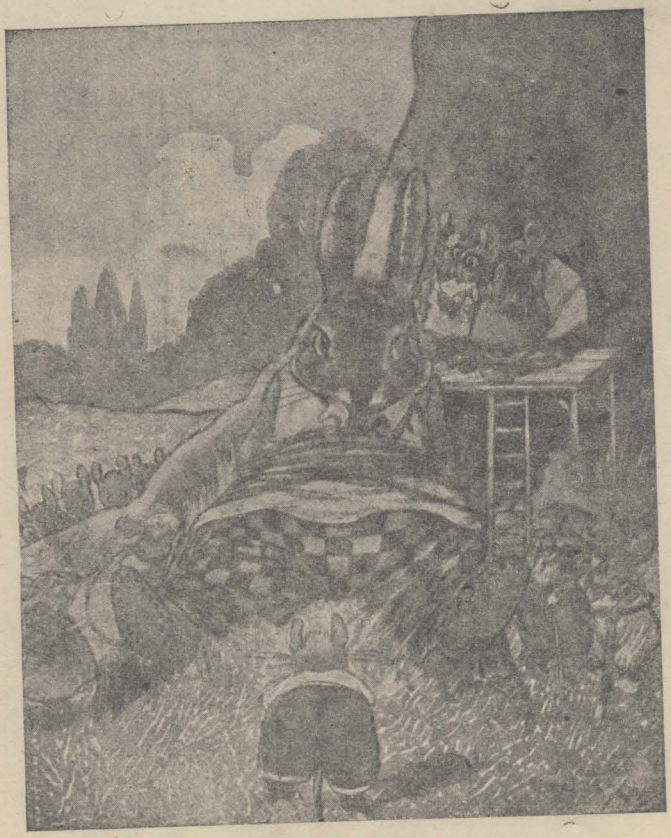
JAM

VIAJES DE GAZAPILLO

VIAJES DE GAZAPILLO

CON ILUSTRACIONES DE

ERNESTO A. ARIS



Gazapillo Gulliver se encuentra prisionero.

CAPÍTULO PRIMERO

Un día se le ocurrió a Gazapillo Gulliver que tenía que ser explorador; y tomando bajo el brazo un pastel de zanahorias y una torta de coles, salió por esos mundos de Dios, quedando sorprendido de encontrarlos tan grandes. Al llegar a una verde pradera, después de atravesar un bosque inmenso, se sintió tan cansado, que cenó un bocadillo y se echó a dormir.

Cuando despertó, no podía moverse. Y no era que sintiera calambres, ni que se hubiese quedado paralítico, sino que una manada de Ratoncillos le habían atado fuertemente a tierra con no sé cuántas tiras de hierba verde. Entonces, los Ratoncillos le leyeron desde lo alto de una plataforma un discurso en que decían:—Es usted prisionero nuestro.

Gazapillo Gulliver es llevado a la capital de los Ratoncillos.

Gazapillo les prometió no escaparse si le soltaban las ligaduras. Así lo hicieron y se pusieron todos juntos en camino. Los Ratoncillos iban terriblemente excitados con la captura de un gigante tan enorme. Colocaron el reloj de nabo de Gazapillo en un carro, tirado por cincuenta saltamontes, a los que dieron orden de marchar bastante separados de ellos, porque decían;—¡Suena tan fuerte que debe de ser peligroso!

Así fué llevado Gazapillo Gulliver a la capital de los Ratoncillos; los cuales no se atrevieron a meterle dentro de la maravillosa ciudad, temerosos de que al andar por las calles estropease las casas. Y entonces decidieron construir con musgo, ramitas y estacas, una casa grande y solitaria fuera de las puertas de la ciudad.

CAPÍTULO SEGUNDO

Al día siguiente toda la nación de los Ratoncillos, que aquella noche no había dormido con la gran noticia, vino a visitar al gigante prisionero. Al principio los celadores cobraban dos *perrillas* a todo el que quisiera verle, por la puerta o por la ventana, pero luego Gazapillo Gulliver salió para desperezarse, y entonces todo el mundo pudo contemplarle a sus anchas sin pagar un solo céntimo, aunque desde una distancia muy respetuosa.

Llegaron más tarde el Rey y la Reina y toda la Real Familia. Gazapillo Gulliver cogió de pronto, sonriendo, a la Princesita y se la puso en la palma de la mano. ¡Cómo chillaba y se revolvía el resto de la Real Familia! Escaparon todos al pronto muy lejos; pero, luego, se pararon a observar, llenos de terror,

Gazapillo y la Princesita.

pues creían que Gazapillo Gulliver iba a comerse a la Princesita.

No fué así ni mucho menos, sino que después del primer minuto, en que, naturalmente, estaba la Princesita más amarilla que la cera, se hicieron ambos buenísimos amigos y se dijeron todo lo que tenían que decirse.—Gigante amable, Gigante bueno, me gustas mucho!—le decía la Princesita acariciándole la nariz.

Mientras tanto se oyó en la ciudad un gran ruido de tambores y trompetas.—¿Qué ocurre?—preguntó Gazapillo.—Que vamos a la guerra—dijo la Princesita dolorida,—y me temo que nos den la gran paliza, porque el enemigo tiene muchísimos cañones y nosotros tenemos muy pocos y los que tenemos son viejos y malos.

—Quizás yo pueda ayudaros y serviros más que el mejor cañón—le dijo Gazapillo Gulliver haciendo extraños gestos.

CAPÍTULO TERCERO

Acompañadas de gran número de banderas de mil colores, casi tan altas como los cerros del camino, y seguidas de poquísimos cañones, se echaron al campo las tropas de los Ratoncillos. Los Ratoncillos del bando contrario las observaban desde una colina, que era cueva de lagartos, con numerosa ansiedad y gran inquietud. Cazapillo Gulliver las seguía andando despacito, dueño de sí mismo y seguro de su poder, y pudo ver bien, a vista de pájaro, cuánto más fuerte era el ejército enemigo.

Nuestros Ratoncillos hicieron sonar fuertemente sus clarines y para mantener en alto su valor, entonaron el Himno Nacional.

Gazapillo coge los cañones al enemigo.

Migajillas de jamón
Y pedazos de quesillo
Hacen tan galán truhán
Del valiente Ratoncillo

—¡Adelante!– les gritó el general blandiendo su espada, y dando un terrible «¡Vivaaaá!» se lanzaron sobre la colina que ocupaba el enemigo. Gazapillo Gulliver cargó también contra ellos. En una zancada estuvo en las líneas contrarias.

—¡Un monstruo! ¡Un gigante! ¡Horror! ¡Huyamos!— gritaron los enemigos, y salieron corriendo, dejando caer todo y abandonando todos sus cañones.

Gazapillo los reunió todos en un haz, los ató con las cintas de sus zapatos y volvió al ejército de los Ratoncillos, arrastrando los cañones detrás de sí.—Prometí a la Princesita que os ayudaría—dijo. —No creo que esa gentezuela os moleste nunca más.—Y al decir esto, hizo a la Princesita una fina reverencia.

CAPÍTULO CUARTO

En la ciudad, los Ratoncillos se volvieron locos de alegría. «Saludemos al Héroe conquistador» y lo llevaron procesionalmente con gran solemnidad, sin cesar en sus aclamaciones, arrojándole flores y agitando los sombreros. Las Ratoncillas no paraban de decirle; ¡Olé! ¡Requeteguapo! ¡Salado! y lo miraban suspirando.

Gazapillo se puso a las puertas de la ciudad y separando bien sus patas formó con ellas un arco triunfal, bajo el cual desfilaron los soldados. Todo el mundo decía: – ¡Qué justo y qué valiente es! — Los soldados saludaban al pasar y la Familia Real, que asistió al acto, estaba ahora tan satisfecha como antes asustada, no sabiendo qué hacer con el gigante ni qué tratamiento darle. Las damás obsequiaron a Gazapillo con todos los camisones y cal-

Desfile triunfal del ejército victorioso.

cetines que habían hecho para los soldados que hubieran sido heridos en la batalla. Eran muy pequeños para él, naturalmente, pero las damas hacían el regalo con la mejor intención y buen deseo.

El Rey declaró la paz, y cuando Gazapillo se retiró a descansar a su casa, que le habían las doncellas más lindas colgado con todos sus espejos, a fin de hacerla más grande, en que pudiera mirar su hermosura al levantarse, los cocineros de S. M. le trajeron de palacio, muy calentita, una espléndida cena. Luego llegaron los Ratoncillos y, con acompañamiento de panderetas, trompetillas, mandolinas y flautines, le dieron una serenata, a la luz de la luna, que duró hasta la media noche.

CAPÍTULO QUINTO

No es de extrañar, pues, que con tanto regalo y bullicio, al día siguiente se despertara Gazapillo bastante tarde. La Princesita vino la primera a visitarle y se sentó en su cama a esperar que despertara.—¡Es la primera vez que he estado en la casa de un gigante!—pensó mirándose en el gran espejo de espejos.—¡Verdaderamente esto es casi una aventura!

Pero lo que ocurrió en seguida sí que fué una aventura, demasiado grande, sin duda, para la pobre Princesita. Y fué que una fiera y grande Águila que por allí volaba en aquella mañana radiante, y al reparar en las ramitas, en las estacas y en el musgo tan preciosos de que estaba hecha la casa de Gazapillo, se dijo:—Nada mejor puedo encontrar para mi nido—y precipitándose

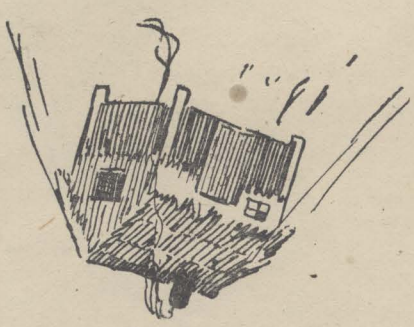
sobre ella y cogiéndola en sus garras, remontó el vuelo, llevándose Princesa, Gazapillo, casa y todo lo que había dentro incluso el espejo.

Gazapillo se despertó con el traqueteo, y quedó tan asustado como la propia Princesita. Mas ella recobró bien pronto el valor, trepó por la chimenea y empezó a hacer cosquillas en la garra del Águila.

El Águila soltó la presa, y la casa fué bajando, bajando, bajando. Afortunadamente cayó en las ramas de un gran árbol. De haber caído al suelo, Gazapillo y la Prin-

El Águila se lleva la casa de Gazapillo.

cesita hubiesen quedado hechos una tortilla, pero de este modo sólo les costó el susto consiguiente y el salir molidos del golpe.



CAPÍTULO SEXTO

Los dos se preguntaban cómo podrían bajar de aquel árbol adonde la buena suerte les había traído, porque ninguno de ellos se atrevía a saltar desde tan alto. Mientras dudaban oían piar a unos pajaritos que en la misma copa tenían el nido y les dijeron que se callaran porque el Águila podía descubrir a todos. Mirando por las hojas y tras varias excursiones de rama en rama, la Princesita vió algunas arañas sentadas en la tela que habían tendido sobre unas flores, y les dijo:—Oid; si me hilais una cuerda tan larga y tan gruesa que llegue hasta el suelo, os doy mi anillo de oro. —Convenido—dijeron las arañas—, y poniéndose al trabajo tuvieron la cuerda lista

Gazapillo y la Princesita bajan por la cuerda.

en menos de nada. La Princesita les alargó su sortija, y se encaramó en un hombro de Gazapillo. Y este fué bajando poquito a poco por la cuerda. Pero apenas tocaban el suelo, se encontraron con un nuevo peligro, porque el enorme Zorro Gigante (el ser a quien Gazapillo más temía en el mundo) se arrojó de pronto sobre ellos, y metiendo a Gazapillo en su zurrón echó a andar con él. En cuanto a la Princesita, pudo escurrirse a tiempo del hombro de Gazapillo, pues era tan pequeña que el Gigante no la vió.

Aunque temía por su vida, la Princesita siguió al Gigante, que a grandes zancadas se dirigía a su castillo de la Madriguera, paraje oculto en un bosque de helechos, hasta que le vió pasar la puerta del sótano con Gazapillo en su zurrón.

CAPÍTULO SÉPTIMO

¡Eh, hijos míos!—gritó el Zorro-Gigante al llegar dentro de su casa—. ¡Venid a ver lo que os traigo para jugar! ¡Esto sí que es un juguete bonito y barato, eh!—Y tiró el zurrón sobre la mesa de la cocina. Su mujer doña Zorruela, y los dos Gigantitos corrieron a él dando chillidos de alegría.—¡Ábrelo, ábrelo!—gritaban.

El Zorro-Gigante sacudió el zurrón y echó fuera a Gazapillo, el cual estaba aturdido y terriblemente asustado. Los Gigantillos tenían muy pocos juguetes y además casi todos estaban rotos, así es que quedaron encantados cuando se vieron en posesión del juguete de carne y hueso que su papá les había traído. Aullaron y bailaron de alegría, y luego se

El Gigante deja caer del zurrón a Gazapillo.

pusieron alrededor de la mesa enseñando los dientes, poseídos de gran excitación. La madre manoseó por todas partes a Gazapillo para ver de que estaba hecho y le observó cuidadosamente por todas partes con un lente. Luego, ya tranquila, dejó que los niños lo cogieran. Estos le metieron en la cuna de su muñeca, le hicieron beber agua de menta en una tacita de juguete y le vistieron con los trapos de un muñequillo. Se reían mucho viéndole los ojillos brillantes y fieros en donde se veían ellos chiquititos y lejanos.

Entre tanto la Princesita se había escurrido por el ojo de la llave, y escondida detrás de una palmatoria que había en el paño de la chimenea, miraba tristemente lo que ocurría, y esperaba.

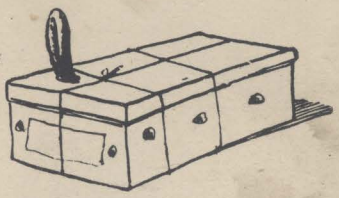
CAPÍTULO OCTAVO

Un momento después refunfuñó el Gigante:—¡Ave María, y qué jaleo traen estos chicos! ¡Y qué calorcito hace aquí dentro! ¡Por supuesto, que aquí no puede uno ni siquiera respirar!—Y enfurecido de cólera abrió bruscamente la puerta, se quitó la corbata y se desabrochó el cuello.—¡Pero papaíto! - dijeron los Gigantitos.—¡Jesús qué corriente de aire!—gritó doña Zorruela.

Y como ninguno de ellos prestaba atención a Gazapillo Gulliver, pensó éste:—¡Qué mejor ocasión!—y saltando de la cama de la muñeca, salió como un relámpago por la puerta abierta. Los Gigantitos aullaron acongojados al ver desaparecer a su juguete vivo, y el papá y doña Zorruela corrieron precipitadamente detrás de Gazapillo. Poco camino había andando éste cuando tuvo encima a

Gazapillo trata de escaparse de los gigantillos.

toda la familia de los Gigantes que lo llevaron arrastrando y riendo al castillo de la Madriguera.



—¡Esta tiene que ser la última vez que ocurra! —dijeron, y lo metieron en una caja de cartón para zapatos, que ataron muy bien con cuerdas. Con un cortaplumas hicieron en la tapa unos agujeritos para que pasara el aire y Gazapillo pudiera respirar a fin de que les durara más tiempo, y como por uno de los boquetes asomaba una oreja, los Gigantitos le hacían cosquillas en ella para fastidiarle, muertos de risa.

La familia zorruna se marchó a la cama, después de tomar su buena cena, dejando a su prisionero hambriento y preocupado de su porvenir dentro de la caja de cartón encima de la mesa.

¡Nunca se había sentido tan desdichado el pobre Gazapillo!

CAPÍTULO NOVENO

Pero cuando ya en el Castillo de la Madriguera no se oía ni un mosquito, a no ser los ronquidos del Gigante, la Princesita de los Ratoncillos saltó del paño de la chimenea y subiéndose en lo alto de la caja de botas, al lado de la oreja de Gazapillo, le dijo:—¡Valor, amigo mío! Vendremos a ayudaros dentro de un segundo—. Y salió escapado.

—¡Vaya con el segundo!—pensaba Gazapillo, mientras esperaba en su incómoda prisión.—Me parece que ya no va a volver nunca... ¡Pero...! ¿Qué es eso?—Oía un sonido menudito, el de una muchedumbre que cantaba en un murmullo agudo y suave a un tiempo:

Migajillas de jamón
Y pedazos de quesillo
Hacen tan galán truhán
Del valiente ratoncillo.

Los Ratoncillos vienen en ayuda de Gazapillo.

¡Era el Himno Nacional de los Ratoncillos! Gazapillo respondió con un ¡Vivaaaá! en voz muy bajita. Oyó entonces centenares de piececillos que, con pasitos menudos, corrían por el suelo, y miles de dientecillos roe que te roe, roe que te roe, en la caja de zapatos. La Princesita le cuchicheaba en la oreja:—¡Pronto estaréis libre, valiente campeón!

Apenas habían los Ratoncillos roído un agujero lo bastante grande para que cupiese por él un pie de Gazapillo, cuando, ¡pum, pum, pum! ¡el Gigante que bajaba la escalera!

Todos los Ratoncitos se escondieron al momento y la Princesita se metió en el dedal de doña Zorruela, que estaba encima de la silla baja de costura.

Y como no se veía a nadie, el Gigante se metió de nuevo en la cama.

CAPÍTULO DÉCIMO

Los Ratoncillos se pusieron de nuevo a la obra. Pero cuando habían roído un boquete bastante grande para que Gazapillo pudiera sacar un brazo y una pierna, ¡pum, pum, pum! ¡el Gigante que de nuevo bajaba los escalones!

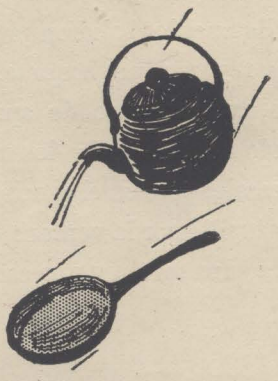
—¡Estoy seguro de haber oído roer alguna cosa!—refunfuñaba. Todos los Ratoncillos corrieron a esconderse, excepto la Princesita, que se acurrucó contra la caja de Gazapillo. El Gigante, con la palmatoria en la mano, rebuscó por el cuarto de arriba a abajo; vió el rabillo de la Princesita y fué a cogerlo, pero en el mismísimo momento se escurrió ella dando una vuelta a la esquina de la caja. La siguió el Gigante e intentó de nuevo cogerle el rabillo, pero ella se fué escurriendo, dando vueltas y

Gazapillo se descuelga de la ventana del fregadero.

vueltas y vueltas alrededor de la caja, hasta que el Gigante se marchó a la cama creyendo que estaba delirando porque aquella noche, para celebrar la aventura, había bebido demasiado vino moscatel.

Entonces los Ratoncillos salieron precipitadamente, y en dos minutos royeron un boquete, a través del cual pudo ir saliendo, con un poco de apretura, Gazapillo. Y luego, colgándose los unos de los rabos de los otros, le hicieron una escala; pero en el preciso momento en que se descolgaba Gazapillo por la ventana del fregadero, derribó una cafetera, una sartén y una cacerola, y el Zorro-

Gigante bajó las escaleras y corrió tras él. Los Ratoncillos chillaban por aquí y chillaban por allá para apartar al Gigante de la pista de Gazapillo. Y chillaron al mismo tiempo en cuarenta sitios distintos hasta dejar al Gigante completamente atontado y en un estado de desesperación verdaderamente indescriptible.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

De repente, el Zorro descubrió a un Ratoncillo chiquirritino que se escondía bajo unas matas de helecho. Era la Princesita, y el Gigante le echó mano. Gazapillo, para salvarla, saltó de pronto a las narices del Gigante, y como él se figuraba, el Zorro dejó caer a la Princesita para cogerle a él. Salió Gazapillo corriendo como alma que lleva el diablo y viendo una charca de agua helada, saltó sobre ella. El Zorro saltó detrás de él, pero—*¡crak! ¡zás!*—el hielo se rompió y el Zorro cayó al agua. ¡Cómo se rieron los Ratoncillos, que andaban por allí escondidos, mirando, espantados, la tremenda aventura de Gazapillo! El Gigante

Gazapillo trae a su casa a la Princesita.

tuvo que volverse a su castillo más que aprisa, estornudando, con escalofríos, hecho una sopa, mientras que Gazapillo y sus libertadores escapaban cantando el himno nacional:

Migajillas de jamón
Y pedazos de quesillo
Hacen tan galán truhán
Del valiente ratoncillo.

Gazapillo, después de haber saludado a los Reyes de los Ratoncillos, tornó a su casa, llevando consigo a su querida Princesita.

Y su mamá se alegró tanto cuando Gazapillo le contó lo que les había pasado, que dijo que la Princesita tenía que vivir siempre con ellos en su casa del valle, como en efecto así ocurrió, siendo todos muy felices.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

Título	Páginas
Tres piratas	7
La isla desierta	61
Viajes de Gazapillo	109

1119198

ID. SATURNINO CALLEJA S.A.